

Concepción y estructuración lingüística del tiempo y el espacio

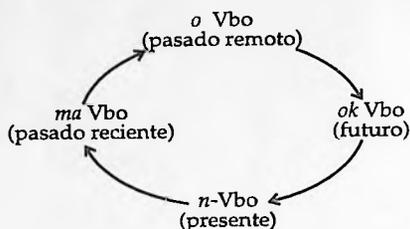
Francisco Barriga Puente*

Primero el tiempo, esa dimensión inexorable y sempiterna que rige secuencias y estados. Ese tiempo que en unas ocasiones es concebido como un vector que atraviesa el mundo desde el futuro hasta el pasado y en otras es imaginado como el camino que se recorre en dirección opuesta, es decir, del pasado al futuro. El mismo que para unos deviene trazando enormes círculos recurrentes y que, para otros, más bien dibuja una línea recta, infinita.

Dos tiempos, uno redondo y otro recto. Un tiempo redondo, como el mesoamericano, que permite acceder al futuro por la vía del pasado, que funde y confunde el ayer con el mañana y que, en ocasiones, incluso hace que el porvenir se exprese con la investidura del pretérito gramatical, o sea, que se hable en pasado de los acontecimientos futuros. Y otro tiempo recto, irrepitible, como una madeja de historias que se resiste a ser tramada en las urdimbres de los agoreros. Para entender mejor esta cuestión es conveniente examinar un ejemplo. El mam, lengua mayense del oeste de Guatemala es útil para tal propósito, ya que en ella se nos muestra diáfana la circularidad del tiempo, pues además de distinguir morfológicamente entre un presente y un futuro, también lo hace entre un pasado reciente y uno remoto. Estos cuatro tiempos se pueden disponer gráficamente de forma tal que la flecha del tiempo siga el sentido de las manecillas del reloj y a partir del presente (*n-Vbo*) se vaya al pasado reciente (*maVbo*); del pasado reciente al pasado remoto (*oVbo*) que ocupa una posición diametralmente opuesta a la del presente y que, por lo tanto, representa el punto más alejado en el tiempo; del pasado remoto —y en virtud de esa concepción tan particular de la historia como algo que se repite periódicamente— se accede al futuro (*okVbo*); el ciclo se cierra cuando tal futuro deviene en presente. Este arreglo,

*ENAH/INAH

dicho sea de paso, es congruente con la ubicación espacial tan peculiar que algunos pueblos mayas le otorgan al pasado y al futuro con respecto al sujeto enunciador, a saber: el pasado al frente (porque es algo conocido, se le puede ver) y el futuro atrás, a la espalda (porque el hombre común no lo puede ver).



De hecho, toda situación se desarrolla en el tiempo y es susceptible de ser referida. Para ello, es necesario satisfacer las siguientes condiciones: a) fijar un centro deíctico, b) establecer la anterioridad, simultaneidad o posterioridad de la situación con respecto al centro deíctico fijado y c) precisar la distancia temporal entre la situación y el centro deíctico.¹

En términos generales, las lenguas naturales cuentan con tres tipos de recursos para llevar a cabo dicha localización temporal. De estos recursos, el más puntual es el uso de construcciones sintácticas. Aquí se deben incluir todas aquellas oraciones, cláusulas o frases, cuya función sea la de ubicar al evento en cuestión en un punto o segmento del tiempo. Luego, con un grado mediano de exactitud está el inventario de piezas léxicas especializadas en la significación temporal. Por supuesto, la amplitud de dicho inventario puede variar considerablemente de lengua en lengua. Finalmente, con un rango muy general de precisión, se encuentra el tiempo gramatical, categoría ésta que, dicho sea de paso, debe distinguirse claramente del aspecto, aún y cuando ambas se llegan a entrelazar en los paradigmas verbales, elaborándolos profundamente. La diferencia entre estas dos categorías estriba en que mientras el tiempo es de carácter deíctico, el aspecto no lo es. Dicho con otras palabras, el tiempo gramatical ubica a la situación referida con respecto al tiempo físico, generalmente tomando en cuenta el momento de la enunciación; mientras que el aspecto se limita a definir el contorno temporal interno de una situación, sin anclarlo en un punto particular del tiempo físico.

En cuanto a la conformación de los sistemas temporales, hay que apuntar que se reconocen dos estrategias gramaticales. Por una parte, los sistemas de

¹ Bernard Comrie, *Tense*, Cambridge University Press, Cambridge, Nueva York, Melbourne, 1985.

tiempo absoluto, que se caracterizan por localizar las situaciones en relación con el presente; y por la otra, los sistemas de tiempo relativo, que tienen la particularidad de ubicar las situaciones en relación con cualquier punto temporal del contexto. Aquí cabe señalar que, en algunas lenguas, ambas estrategias se pueden combinar.

Por otra parte, hay que añadir que los sistemas temporales se subdividen en sistemas ternarios y sistemas binarios. Los sistemas ternarios, como su nombre lo indica, se componen de tres tiempos gramaticales, a saber: presente, pasado y futuro. Por su parte, los sistemas binarios se ajustan al universal de Comrie² que afirma que en un sistema de tiempos gramaticales, la referencia temporal física de cada tiempo gramatical del sistema es un continuo. Esto significa que sólo pueden existir los sistemas binarios pasado/no pasado y futuro/no futuro, quedando excluida la posibilidad de un sistema presente/no presente.

Por lo general, el tiempo gramatical en las lenguas aparece asociado con el verbo. Sin embargo, hay que señalar que existen algunos casos en los que dicho tiempo se relaciona con otras clases de palabras, como pueden ser los nombres, los demostrativos, los numerales y los pronombres, entre otros. Un par de ejemplos de flexión de tiempo no verbal son el sistema pronominal del iaia (cuadro 1), lengua oceánica de Nueva Caledonia, y el sistema de numeración del zapoteco según Córdova (cuadro 2). En ellos podemos ver cómo pronombres y números se conjugan en presente, pasado y futuro.

Cuadro 1. Sistema pronominal del iaia

	<i>Presente</i>	<i>Pasado</i>	<i>Futuro</i>
1 sg.	ogeme	oge	ogema
2 sg.	umwe	uie	umwa
3 sg.	ame	a	ama
1 dl. incl.	ötumwe	ötumwe	ötumwa
1 dl. excl.	ömwe	ömwe	ömwa
2 dl.	öbwe	öbwe	öbwa
3 dl.	örumwe	örumwe	örumwe
1 pl. incl.	ötine	ötine	ötina
1 pl. excl.	ömune	ömune	ömuna
2 pl.	öbune	öbune	öbuna
3 pl.	örine	örine	örina

² *Ibidem*, p. 50.

Cuadro 2. Numerales del zapoteco según Córdova

	<i>Presente</i>	<i>Pasado</i>	<i>Futuro</i>
1	tobi	cotobi	huetobi
2	topa	cotopa	huetopa
3	chona	coyona	hueyona
4	tapa	cotapa	huetapa
5	caayo	cooyo	hueaayo

En el mismo orden de cosas hay que señalar que, eventualmente, la literatura especializada da cuenta de algunas lenguas que carecen completamente del tiempo gramatical. Al respecto, los casos más conocidos son el del hopi, el del chambala y el del burmés. En la mayoría de las ocasiones, la falta de tiempo es compensada con un desarrollo significativo del aspecto, en sus formas tradicionales. Sin embargo, también caben otras soluciones. Por ejemplo, cabe señalar que en el burmés la carencia del tiempo gramatical ha sido suplida con el desarrollo de la categoría real/irreal. La marca de real, en principio, únicamente se usa cuando la situación referida se localiza en el presente o en el pasado; mientras que la de irreal sólo se aplica a situaciones ubicadas en el futuro. La configuración descrita hace pensar en un sistema binario del tipo futuro/no futuro. Sin embargo, una revisión más meticulosa de la cuestión permite constatar que la marca de irreal también se puede utilizar en presente y pasado, siempre que la referencia no esté circunscrita al mundo concreto —como podría ser el caso de las suposiciones— lo cual prueba que la referencia temporal no es fundamental para el funcionamiento de la oposición real/irreal. Aquí es necesario subrayar que el hecho de que el burmés carezca de tiempo gramatical no significa, de ninguna manera, que esté imposibilitado para ubicar las situaciones en el tiempo mediante otros procedimientos, como son el sintáctico y el léxico. Dicho con otras palabras, no existen comunidades lingüísticas que no tengan una concepción del tiempo; lo que sucede, simple y sencillamente, es que algunas lenguas no lo gramaticalizan.

* * *

Luego, el espacio, la conjugación de líneas, planos y volúmenes que nos circundan y nos proporcionan un escenario existencial. Una geometría que parece mostrarse más sumisa ante las matemáticas y el dibujo, que frente al lenguaje. Ese continuo topológico, isotrópico, que constantemente pone a prueba la eficacia de nuestros sentidos y que constituye un reto para nuestra capacidad de construir teorías.

Al respecto, cabe preguntar en qué medida pueden diferir las concepciones del espacio entre distintas sociedades. Sobre esta cuestión, hay que señalar que las respuestas pueden variar según se ponga el acento en la explicación del espacio perceptual o en la del espacio de construcción intelectual. Dicho de manera algo diferente, según se enfatice el papel del objeto, el del sujeto, o la importancia de la interacción entre ambos.

En realidad, estas concepciones no son incompatibles entre sí, pues en el extremo de una escala se pueden colocar los ordenamientos elementales del espacio que, básicamente, son de naturaleza topológica y dependientes de la apariencia fenoménica; y en el otro extremo es posible ubicar a la tradición occidental, basada en las operaciones deductivas que se asocian con la geometría euclidiana. Entre estos dos polos, se encuentra el despliegue de un gradiente de posibilidades que, en mayor o menor medida, entrevera los papeles protagónicos del sujeto y del objeto, posibilitando el tránsito entre el espacio perceptual y el constructo teórico, a través de una serie de etapas que circulan desde los terrenos de la lógica concreta (en la cual el pensamiento operacional del sujeto está circunscrito a la interacción física con el objeto), hasta los de la lógica abstracta (que se caracteriza por la capacidad de formular teorías hipotético-deductivas). Según parece, en este proceso son de una relevancia fundamental las capacidades cognitivas de la especie humana, el cúmulo de experiencias vividas y las necesidades de desarrollo teórico que presentan las formas culturales del grupo. Con toda seguridad, el siguiente caso³ arrojará luz sobre el particular.

A mediados de este siglo, un jefe krahó —grupo brasileño de la cuenca del alto Tocantins— comunicó a los miembros de su tribu que la luna estaba mucho más alta de lo que ellos creían. El jefe había llegado a esa conclusión porque había observado que los indios que viajaban a San Luis (unos 700 kilómetros, en línea recta, al noreste de la aldea) veían pasar la luna por el punto más elevado de la bóveda celeste; y los que viajaban a Río de Janeiro (aproximadamente 1700 kilómetros al sur de la aldea) también la miraban atravesar el cenit. A partir de esos datos, el jefe discurrió que si la luna estuviera como siempre habían pensado los krahós, entonces ésta tendría que alejarse del cenit, tanto en San Luis como en Río de Janeiro. Consecuentemente, la luna estaba mucho más alta de lo que ellos habían pensado por siglos.

El razonamiento anterior muestra, por una parte, que los krahós se ubicaron durante siglos —al menos en lo que toca a la localización de la

³ Julio Cezar Melatti, *Los indios del Brasil*, SEP-SETENTAS, México, 1973.

luna— en la etapa del espacio perceptual; y por la otra, que bastó con que tuvieran la oportunidad de ensanchar un poco más sus horizontes geográficos, para que se pudieran replantear sus ideas astronómicas y acceder a otra etapa conceptual del espacio, en la cual se empezaron a advertir claramente operaciones deductivas que trascendieron la impresión fenoménica.

Un aspecto que vale la pena subrayar con respecto a las diferentes concepciones del espacio es que, en todas ellas, la localización de los objetos se lleva a cabo mediante el establecimiento de relaciones con otros objetos o puntos, cuya posición ya esté bien determinada. Cabe añadir que esta operación de localización requiere de un sistema tridimensional de planos de referencia. En cuanto a ello, es interesante hacer notar que la configuración del esquema corporal contiene los elementos necesarios para satisfacer dicho requerimiento. De allí que con una extrema frecuencia —tal vez siempre— el cuerpo se constituya en una especie de sistema de coordenadas cartesianas en las que el plano sagital señala la distinción de derecha /izquierda, el plano coronal la de enfrente /detrás y el transversal, a la altura de las plantas de los pies, la de arriba /abajo.⁴

El proceso de estructuración del espacio continúa con la proyección del esquema corporal sobre los objetos, conforme a una interpretación antropomórfica (en algunos casos zoomórfica) de los mismos. De esta manera, todos los objetos que se revisten con las metáforas somáticas quedan convertidos en otros tantos centros de mapas locales, con las mismas polaridades del esquema corporal. Al respecto, se pueden distinguir tres formas básicas de proyección,⁵ a saber: 1) la traslación (en la cual las orientaciones polares de sujeto y objeto se corresponden uno a uno), 2) la rotación con lateralidad asimétrica (el objeto gira 180° en torno a su eje vertical, quedando enfrentadas la izquierda del sujeto con la derecha del objeto, y la derecha del sujeto con la izquierda del objeto) y 3) la rotación con lateralidad simétrica (también el objeto gira 180° en torno a su eje vertical, pero en este caso se hacen coincidir, frente a frente, derecha con derecha e izquierda con izquierda. La selección de cada una de estas formas de proyección está sujeta, en una primera instancia, al tipo de relación funcional que se establece entre sujeto y objeto.

Para transmitir la información de carácter espacial existen diferentes recursos lingüísticos. También aquí, dichos recursos se pueden ubicar tanto

⁴ Gunter Senft, *Everything We Always Thought We Knew about Space but Did not Bother to Question*, Cognitive Anthropology Research Group at the Max Planck Institute for Psycholinguistics, Nijmegen, 1992.

⁵ Liliãne Lurçal, *El niño y el espacio*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979.

en el nivel sintáctico, como en el léxico y el morfológico. El repertorio de posibilidades incluye: construcciones adverbiales, adverbios, adposiciones, adjetivos, pronombres, verbos, direccionales y marcadores de caso. De este inventario hay que entresacar —por su carácter ilustrativo— a los demostrativos, pues las nociones déicticas espaciales que se pueden identificar y estudiar en los sistemas de demostrativos, son semejantes a aquellos que se desarrollan en los otros elementos lingüísticos enlistados.

Sin duda, la primera distinción relevante para la clasificación de los sistemas de demostrativos es la que establece la distancia relativa entre hablante y referencia. Al respecto, se afirma que toda lengua natural cuenta, al menos, con dos términos de esta clase. Uno que designa a una referencia proximal con respecto al hablante y otro que designa a una distal.⁶ Sin embargo, como es fácil comprobar, existen muchas otras lenguas que fraccionan el continuo espacial que se ubica entre los extremos proximal y distal, articulando, de esta manera, sistemas de demostrativos capaces de discriminar tres, cuatro y hasta seis distancias relativas entre el hablante y la referencia. En el cuadro 3 se ofrece una selección de estos sistemas de demostrativos que incluye el aguaruna de Perú, el yuma de Arizona, el tepehuano de Chihuahua y el malgasi de Madagascar.

Cuadro 3. Sistemas de demostrativos distancia-hablante

	Proximal ←————→ Distal					
Aguaruna	nu				áu	
Yuma	vadác		avác		savác	
Tepehuano nte.	ídʷi	góvai		+gal	(g)+mai	
Malagasi	ity	io	itsy	iny	iroa	iry

Algo diferentes resultan ser los sistemas de demostrativos que operan combinando la noción de distancia con la de persona. Por su propia naturaleza, estos sistemas requieren un mínimo de tres demostrativos: uno que indique la cercanía entre primera persona y referencia; otro que indique la cercanía entre segunda persona y referencia; y otro más que indique la cercanía entre tercera persona y referencia, o bien el alejamiento de la referencia, tanto de la primera persona, como de la segunda. Como cabría esperar, los sistemas de esta clase también llegan a desarrollar distinciones más sutiles, ya sea indi-

⁶ Stephen R. Anderson y Eward L. Keenan, «Deixis», en Thimoty Shopen (ed.), *Language Typology and Syntactic Description*, vol. 3, Cambridge University Press, Cambridge, Nueva York, Melbourne, 1985.

cando un mayor grado de alejamiento, o fraccionando el espacio que media entre primera y segunda personas. El cuadro 4 compendia estas posibilidades y las ilustra con el kwakiutl de la isla de Vancouver, el sre de Vietnam y el CiBemba de Zambia.

Cuadro 4. Sistemas de demostrativos distancia-persona

	<i>Cerca de 1^a</i>	<i>Más cerca de 1^a que de 2^a</i>	<i>Entre 1^a y 2^a</i>	<i>Cerca de 2^a</i>	<i>Cerca de 3^a</i>	<i>Remoto</i>
Kwakiutl	yExg.a		yExox	yEx		
Sre	dɔ		dEn	nE		hθʔ
CiBemba	ú-nó	ù-yú	ù-yóo	ù-yó	ù-lyà	

En el mismo orden de cosas, cabe indicar que los sistemas distancia-persona, a su vez, se pueden articular con la noción de visibilidad de la referencia, desde la perspectiva del hablante. Un ejemplo nítido de esta posibilidad es el de los demostrativos del bella bella, lengua wakashana de la Columbia Británica que aún es hablada por unas 450 personas. Como se puede observar en el cuadro 5, además de los seis demostrativos que resultan de la conjugación distancia-persona-visibilidad, existe un séptimo para designar a una referencia que, en el momento de la enunciación, ha sido removida de la presencia del emisor.

Cuadro 5. Sistema de demostrativos del bella bella

	<i>Visible</i>	<i>Invisible</i>
Cerca 1 ^a	g.aq ^u	g.atsq ^u
Cerca 2 ^a	qauq ^u	qauxtsq ^u
Cerca 3 ^a	qeq ^u	qetsq ^u
Removido de la presencia		qk.eq ^u

De igual forma, es oportuno mencionar que también es factible que los sistemas distancia-persona lleguen a incorporar el concepto de ubicación vertical de la referencia, con respecto al plano del hablante. El fore, lengua papuana de Nueva Guinea, ejemplifica esta posibilidad. Así, en el cuadro 6 se puede ver que el sistema de demostrativos de esta lengua incluye una forma para designar todas aquellas referencias que se encuentran ubicadas en las cercanías del hablante; otra forma para designar referencias cercanas al oyente; y siete formas que designan referencias alejadas de la primera per-

sona y de la segunda. Estos siete demostrativos expresan tanto el grado de alejamiento de las referencias, como su altura, en relación con el emplazamiento del hablante.

Cuadro 6. Sistema de demostrativos del fore

	<i>Cerca de 1ª</i>	<i>Cerca de 2ª</i>	←-----→			
			Más cerca de 1ª		Más lejos de 1ª	
			máe		mayó	<i>Arriba</i>
má:	pí		mí	maré	maró	<i>A nivel</i>
			mé		mó	<i>Abajo</i>

Más elaborado aún resulta ser el sistema de demostrativos del uumarmiut (cuadro 7), lengua esquimal de la región del Mar de Beaufort. En general, las lenguas de la familia esquimo-aleutiana tienen la reputación de poseer los sistemas de demostrativos más elaborados del mundo. Y el uumarmiut, en particular, cuenta con el más exhuberante de todos los que se han podido documentar en este trabajo. Efectivamente, se trata de un sistema con 20 piezas léxicas de base capaces de distinguir distanciamiento, visibilidad de la referencia, posición en el eje vertical con respecto al horizonte del hablante, carácter restringido/extendido de lo señalado, grado de rememoramiento, localización interna/externa, ubicación en el otro lado, en la entrada, en la siguiente puerta, en el piso superior y en el techo.

Cuadro 7. Sistema de demostrativos del uumarmiut

una	este aquí (visible, restringido, cerca del hablante)
manna	este aquí (visible, extendido, cerca del hablante)
taamna	ese allí (visible, restringido, cerca del oyente)
kanna	ese abajo (visible, restringido)
unna	ese abajo (visible, extendido)
hamna	ese abajo (no visible)
pigña	ese arriba (visible, restringido)
pagna	ese arriba (visible, extendido)
pamna	ese arriba (en el piso superior, no visible)
pakimna	ese arriba (en el techo, no visible)
kigña	ese afuera (visible, restringido)
qagna	ese afuera (visible, extendido)
qakimna	ese afuera (en la siguiente puerta, no visible)

kimña	ese adentro (visible)
qamna	ese adentro (debajo de algo, no visible)
igña	ese del otro lado (visible, restringido)
agna	ese del otro lado (visible, extendido)
akimna	ese del otro lado (no visible)
hakimna	ese en la entrada (no visible)
imña	ese antes mencionado y no recordado (no visible)

A propósito de la percepción espacial de los esquimales, es pertinente subrayar que la literatura etnográfica insiste en que los individuos de este grupo se destacan por su habilidad para elaborar mapas de gran exactitud. Al respecto, Boas⁷ apuntó que si un hombre tenía la intención de ir a una región que no conocía, antes de hacerlo buscaba a alguien que sí hubiera estado por aquellos lares y le pedía que le trazara en la nieve un mapa de la zona. Los dibujos así elaborados sobresalían tanto por la profusión de detalles, como por su alto grado de precisión. La misma aptitud ha sido documentada en fechas más recientes por Carpenter, Valley y Flaherty.⁸

En el mismo orden de cosas, cabe señalar que los nativos del atolón de Puluwat, en las islas Carolinas, son reconocidos como excelentes navegantes y descollan por su capacidad para fijar con exactitud el rumbo de sus travesías, algunas de las cuales llegan a extenderse hasta aproximadamente 1 000 kilómetros. Según Hallpike,⁹ los puluwatas sólo se guían por la configuración del firmamento, por el tamaño y la dirección de las olas, por los hábitos de las aves marinas y por una especie de mapas efímeros que hacen los navegantes más expertos con guijarros y varas en los pisos de las canoas.

De manera semejante, también hay que hacer notar el grado de desarrollo que alcanza el sentido de orientación entre los aborígenes australianos. Ciertamente, todo parece indicar que estos hombres integran mapas mentales de todos sus entornos, basándose en ciertas relaciones geográficas estables, las cuales les permiten resolver con exactitud —en cualquier lugar y en cualquier momento— todos los problemas de localización espacial que les plantea la vida cotidiana. De hecho, se sabe que la gran mayoría de las lenguas australianas hace un uso intensivo del equivalente a nuestros

⁷ Franz Boas, «The Central Eskimo», en *Sixth Annual Report of the Bureau of Ethnology*, Washington, D.C., 1888.

⁸ E. Carpenter, F. Valey y R. Flaherty, *Eskimo*, University of Toronto Press, Toronto, 1959.

⁹ C. R. Hallpike, *Fundamentos del pensamiento primitivo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

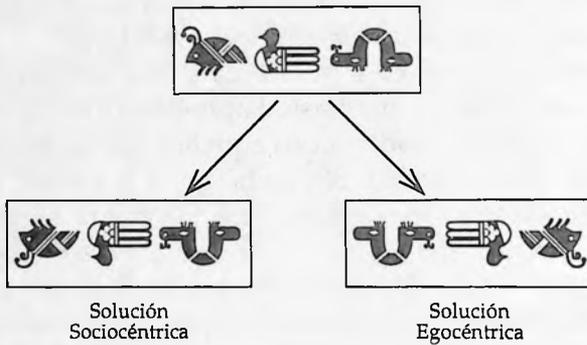
puntos cardinales, a excepción de aquellas situadas en la cuenca del Daly, que en su lugar utilizan las nociones de «río arriba» y «río abajo».

Sin lugar a dudas, la capacidad de dibujar buenos mapas, de establecer con precisión el derrotero de las travesías y de referir correctamente la ubicación de los objetos con respecto a los puntos cardinales, son valores promovidos por la cultura tradicional de los esquimales, los puluwatas y los aborígenes australianos. La promoción de estas destrezas implica superar una noción sensorial del espacio y construir, en su lugar, un modelo conceptual capaz de manejar relaciones escalares, de explicar transformaciones topológicas y de correlacionar objetos en el mundo físico. Por otra parte, si también se acepta que los elementos que una lengua utiliza para describir el espacio reflejan directamente las concepciones del mismo, entonces cabría preguntar ¿cuál es la conexión que existe entre el patente talento etnocartográfico —por llamarlo de algún modo— de los miembros de estas sociedades y sus recursos deícticos espaciales?

La primera respuesta está refractada por el prisma del relativismo tradicional. Ciertamente, la hipótesis Sapir-Whorf siempre ha tenido la virtud de ejercer atracción sobre todos aquellos que se enfrentan de golpe con la metafísica de la otredad. Sin embargo, a la postre, el supuesto ha resultado incómodo para los comparatistas, porque la aceptación tácita de la unicidad de cada lengua y cultura, descalifica cualquier acercamiento universalista. Así las cosas, las opciones para los tipólogos serían: desertar de las filas del relativismo (si es que acaso algunos de ellos llegaron a militar en ellas), olvidar la búsqueda de universales o ablandar la hipótesis. Puesto que renunciar al método o a la doctrina equivaldría, en buena medida, a negar la misma razón de ser de la disciplina, al parecer no quedó otro mejor camino que el de acotar al relativismo dentro de los límites impuestos por las capacidades cognitivas del hombre. Y como cabría esperar, una de las primeras rutas que tomaron los exploradores de dichos límites —por supuesto, con un bagaje instrumental de corte piagetiano— fue la de la localización espacial. Tocante a este punto, cabe subrayar que, específicamente, el grupo de investigadores asociados al Instituto Max Planck fue el que insistió repetidamente en el hecho de que existen lenguas y sociedades que privilegian el uso de una deixis absoluta, sobre el de una deixis relativa. O, puesto en otros términos, hay lenguas y pueblos que para resolver los problemas de localización espacial recurren preferentemente a una deixis sociocéntrica, en vez de a una egocéntrica. En el cuadro 8 se expone una prueba que ilustra las soluciones que ambos sistemas dan al mismo problema de localización.

Para aplicar dicha prueba, primero hay que observar el dibujo superior y fijarse en las relaciones que guardan entre sí los tres animales de la ilustración. Acto seguido, el observador debe girar 180° sobre su propio eje de manera que ahora quede viendo hacia donde antes estaba su espalda. Luego hay que voltear la hoja para ver los dibujos inferiores en su sentido correcto y responder ¿cuál de estos dos dibujos es igual al que se observó al inicio? Un usuario de sistemas egocéntricos dirá que el primero, porque el insecto está a la izquierda del pato y el gusano a su derecha. Sin embargo, un usuario de sistemas sociocéntricos dirá que el segundo, porque tanto el insecto como el gusano apuntan a los mismos puntos cardinales que apuntaban en el dibujo superior.

Cuadro 8. Sistemas relativos y sistemas absolutos



Para ofrecer una mejor idea del funcionamiento de estos sistemas absolutos, es conveniente acercarse al guugu yimidhrr, lengua pama-nyungana que aún se habla en Hopevale, al noreste de Queensland, en Australia, y que ha sido estudiada tanto por Haviland,¹⁰ como por Levinson.¹¹ Esta lengua cuenta, por una parte, con un sistema egocéntrico de dos demostrativos de distancia; y por la otra, con un sistema sociocéntrico de cuatro direcciones cardinales que, de manera aproximada, equivalen al norte, sur, este y oeste de nuestra rosa de los vientos (cuadro 9).

¹⁰ John B. Haviland, *Anchoring, Iconicity, and Orientation in Guugu Yimidhrr Pointing Gestures*, Cognitive Anthropology Research Group at the Max Plank Institute of Psycholinguistics, Nijmegen, 1972.

¹¹ Stephen C. Levinson, *Language and Cognition; The Cognitive Consequences of Spatial Description in Guugu Yimidhrr*, Cognitive Anthropology Research Groupe at the Max Plank Institute for Psycholinguistics, Nijmegen, 1992.

Cuadro 9. Deixis espacial del guugu yimidhrr

Egocéntricos:

Cercano al hablante	yi-
Alejado del hablante	nha-

Sociocéntricos:

Norte	gunggaarr
Sur	dyibaarr
Este	naga
Oeste	guwa

Sobra apuntar que la conformación y el uso de los demostrativos egocéntricos del guugu yimidhrr corresponden, básicamente, al de un sistema distancia-hablante de dos términos; el primero para designar referencias proximales y el segundo para referencias distales. En cuanto al sistema sociocéntrico de direcciones cardinales, hay que enfatizar, primero, que sus términos no se encuentran anclados en el hablante, o sea que no son relativos a éste, sino absolutos para todos los hablantes. Por otra parte, es menester señalar que esta lengua carece de los términos espaciales correspondientes a «derecha» e «izquierda» y que tampoco cuenta con los recursos de localización «enfrente de», «detrás de» y «al lado de». Consecuentemente, los hablantes de guugu yimidhrr que se ven en la necesidad de resolver problemas de especificación espacial recurren profusamente al sistema sociocéntrico de direcciones cardinales. Esto produce, al parecer de los hablantes de sistemas egocéntricos, una serie de soluciones bizarras, extravagantes. Al respecto, algunos ejemplos elicitados por Haviland y Levinson¹² podrían ser traducidos al español como «Jorge está al norte del árbol», para describir a alguien que está parado enfrente del árbol; «Lo dejé en la orilla sur de la mesa occidental de tu casa», para responder a la pregunta ¿dónde dejaste tu tabaco?; «Gira la perilla hacia el oeste», para indicar cómo apagar la hornilla de una estufa de gas cuyo frente está al sur; «Ve más al oriente», para pedirle al interlocutor que adelante las páginas de un libro que se está hojeando de cara al norte. En el mismo orden de cosas, cabe hacer notar que si un hablante de guugu yimidhrr le cuenta a otro un programa de televisión, quien escucha el relato termina sabiendo —sólo por las referencias espaciales contenidas en el discurso— hacia qué dirección cardinal está orientado el aparato receptor del narrador.

¹² Haviland, *op. cit.*; Levinson, *op. cit.*

Otro sistema sociocéntrico, pertinente para este trabajo, es el del Dyirbal (cuadro 10). Como se puede advertir, esta lengua cuenta, por una parte, con una serie de tres demostrativos que indican la ubicación vertical de la referencia, en relación con el plano horizontal del hablante. Por la otra, existen diez términos que articulan la noción de distancia relativa entre hablante y referencia con los conceptos de colina arriba/colina abajo y río arriba/río abajo. En cuanto a ello, vale la pena hacer notar que este conjunto de piezas léxicas prueba la posibilidad de conjugar los sistemas egocéntricos con los sistemas sociocéntricos.

Cuadro 10. Deixis espacial del dyirbal

Egocéntricos:

Arriba del hablante	gala
Al nivel del hablante	galu
Abajo del hablante	gali

Sociocéntricos-Distancia-hablante:

Colina arriba próximo	dayi
Colina arriba distancia media	daya
Colina arriba alejado	dayu
Colina abajo próximo	baydi
Colina abajo distancia media	bayda
Colina abajo alejado	baydu
Río arriba distancia media	dawala
Río arriba alejado	dawalu
Río abajo distancia media	balbala
Río abajo alejado	balbalu

Según Levinson,¹³ los hablantes de lenguas con sistemas de localización absolutos poseen un pensamiento espacial particular, diferente al de los hablantes de lenguas con sistemas relativos, por lo que su existencia constituye un argumento a favor de cierto determinismo lingüístico. Al respecto, se puede objetar que la relación causa-efecto bien podría ser a la inversa, de manera que los factores cognitivos fueran los que modelaran a la lengua. En tal caso, la réplica obligada sería señalar que la única manera de compartir una práctica cognitiva de esta naturaleza es mediante su codificación social a través de la lengua. Es la necesidad de comulgar con el sistema sociocéntrico lo que provoca la convergencia cognitiva. No puede ser al revés.

¹³ *Ibidem.*